

# NEW LEFT REVIEW 144

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2024

## EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN Gaza y Nueva York 7

## ENTREVISTA

SERGE HALIMI La situación de Francia 25

## ARTÍCULO

OLIVER EAGLETON El moldeado del mundo de  
Therborn 49

HITO STEYERL ¿Formación del sentido común? 77

SAUL NELSON El *kitsch* en la alta cultura 91

LOÏC WACQUANT Sobre el afropesimismo 105

LEO ROBSON Jameson después de la poscrítica 119

## CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Tarea inconclusa 143

PATRICIA McMANUS Maneras de leer 152

CIHAN TUĞAL Viejas nuevas izquierdas 165

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## CRÍTICA

Arthur Borriello y Anton Jäger, *The Populist Moment*, Londres y Nueva York, Verso, 2023, 224 pp.

CIHAN TUĞAL

### ¿DESPUÉS DEL POPULISMO?

La propuesta de Arthur Borriello y Anton Jäger es que el ciclo populista euro-estadounidense de izquierda propio de la «larga década de 2010» ha finalizado y que sus fuerzas están «agotadas y deprimidas». Su libro, que se basa en artículos conjuntos publicados en *Jacobin*, se propone explicar las vicisitudes de cinco movimientos electorales –Syriza, Podemos, La France Insoumise, el corbynismo y la campaña de Bernie Sanders– situados en el contexto de dos crisis históricas que se superponen: el crac financiero y sus consecuencias y la erosión de la sociedad civil llevada a cabo por el neoliberalismo. Al crear un abismo entre gobernantes y gobernados, estos acontecimientos permitieron que candidaturas ajenas al sistema se infiltraran en la política dominante. Pero estas infiltraciones tenían la tarea poco envidiable de construir una hegemonía en un paisaje social atomizado. Su objetivo –«repensar la movilización en una era de desmovilización; organizar en una era de desorganización»– era admirable, pero sus tácticas se quedaron cortas. Jäger y Borriello, jóvenes politólogos belgas activos respectivamente en las Universidades de Oxford y Namur, evalúan las razones históricas de este fracaso y las lecciones que de este podría extraer la izquierda de la década de 2020.

*The Populist Moment* comienza con un sencillo diagnóstico: el populismo de izquierda del Norte global fue una respuesta ante un escenario político desprovisto de un movimiento obrero y de una política de masas activos: un doble declive acelerado por la previa adopción por parte de los partidos

socialdemócratas del orden neoliberal. Tras la depresión económica de la década de 1970, las elites conspiraron para destruir las diversas organizaciones sociales, partidos y sindicatos de izquierda, que previamente habían sido capaces de negociar un cierto grado de distribución social de la riqueza y del poder. Estos partidos, sindicatos, clubes, asociaciones comunitarias e iglesias fueron diezmados y acabaron sustituidos por *lobbies* y grupos de interés. La democracia nacional fue superada por las instituciones multinacionales. Las luminarias liberales comentaban con complacencia la irrelevancia cada vez mayor de los parlamentos y las elecciones, mientras que el crédito barato y la financiarización instaban a un nuevo modelo de «ciudadanía propietaria». En esta coyuntura, escriben Borriello y Jäger, la izquierda se enfrentaba al dilema que identificó en 1985 Adam Przeworski en su libro *Capitalism and Social Democracy*: o ligar su proyecto a las clases trabajadoras productivas, a pesar de que su número disminuía, o formar alianzas transclasistas a expensas de su coherencia programática. Escogieron la segunda opción, conscientes de que el proletariado industrial, «que no solo había sido expulsado de la fábrica, sino también de la propia esfera pública», se había convertido en una improbable vanguardia. De este modo, se inspiraron en la concepción de Ernesto Laclau de una «razón populista», donde un líder carismático emplea un significativo hegemónico para separar a la sociedad en dos fracciones binarias nuevas: los muchos frente a los pocos.

Contra los diversos usos erróneos del término –en general desplegados para menospreciar cualquier desafío al predominio liberal con independencia de su contenido político– Borriello y Jäger definen el populismo como una política que atraviesa las divisiones de clase y en la cual ningún estrato social disfruta de un papel privilegiado. Su adversario no es el capitalismo, sino la «corrupción oligárquica» y sus divisiones sociales primordiales no son la clase obrera frente a la patronal, el capital contra el movimiento obrero, sino los deudores frente a acreedores o el pueblo frente a las elites. El populismo ha florecido en las situaciones en las que «una opción socialdemócrata o bien estaba no disponible o bien estaba desacreditada, donde los canales de la mediación democrática estaban atorados y donde los principales grupos sociales de una coalición popular estaban relativamente fragmentados y aislados y, por lo tanto, pedían a gritos una unificación». Entre sucesivas crisis de representación política se apeló como la solución a la «democracia», aunque esta estuviera confusamente definida.

El colapso de 2008 creó una ventana de oportunidad para esta modalidad de representación política a medida que aumentaban los desahucios y se eclipsaba la fe en la Tercera Vía. El gobierno de la tecnocracia, que prometía una vida cómoda para la clase media a cambio de la inacción política, de repente se revelaba inviable. Como consecuencia de la imposición de la austeridad, la juventud indignada inundó las calles, bloqueando la Gran

Vía en Madrid, ocupando Zucotti Park en Nueva York y procediendo a la tentativa de toma del Parlamento griego. Pero al carecer de una agenda unificada, incluso las acciones más radicales no arrojaron resultados concretos. En la Eurozona, este punto muerto condujo al establecimiento de nuevas organizaciones políticas, que desplegaron un conjunto común de rasgos organizativos: flexibles, digitalizadas, verticales, electoralistas. Bajo los sistemas bipartidistas de Estados Unidos y del Reino Unido, movimientos similares trataron de capturar la maquinaria del centro-izquierda realmente existente. «Si los gritos iniciales de injusticia fueron una reacción a la mala gestión de la crisis económica –apuntan Borriello y Jäger–, las organizaciones que surgieron como respuesta reflejaban e incluso remedaban el vaciamiento rampante de la sociedad civil de las últimas décadas». En ausencia de un tejido social denso, el populismo buscó movilizar al electorado mediante las plataformas de los medios de comunicación y de las redes sociales, reemplazando una horizontalidad ineficaz por una estrategia basada en la comunicación virtual y la creación de una marca personal para el liderazgo.

A continuación, los autores nos ofrecen un sobrio relato de las circunstancias contingentes en las que surgieron estos diversos proyectos populistas de izquierda y en las que después se hundieron. Syriza ganó las elecciones de 2015, pero se doblegó ante las peticiones de austeridad de la Unión Europea en los dos meses siguientes. Podemos fue ascendiendo de manera regular hasta 2016, pero su popularidad quedó dañada por las feroces divisiones internas, las polarizaciones por la independencia de Cataluña y el ascenso de Vox. Aunque La France Insoumise tuvo más éxito a la hora de superar a sus oponentes de centro-izquierda, no consiguió tener mayoría en la Asamblea Nacional. Su estructura autocrática le impide construir una base de masas y parece que no tiene respuestas ante la continua ascensión del partido de Le Pen, Rassemblement National. Corbyn fue catapultado, contra todo pronóstico, a la dirección del Partido Laborista, pero enseguida fastidió las cosas con su política sobre el Brexit, así como con su respuesta frente a la incansable guerra de facciones y las campañas de difamación mediática orquestadas contra él. Sanders rejuveneció la izquierda estadounidense en su primera campaña electoral, antes de acercarse al *establishment* demócrata durante los años de la presidencia de Trump y después, con la presidencia de Biden, asimilarse por completo.

Resultaría que el planteamiento populista «puro», que Podemos abrazó con más convicción, fue incapaz de crear un bloque de poder duradero. Borriello y Jäger identifican tres estrategias utilizadas, que resultaron fallidas. El *liderismo* –la personalización del partido– permitió que una serie de intereses y frustraciones se condensaran en una única figura, como había teorizado Laclau; pero los nichos electorales dispares se fueron cada uno por su lado en cuanto la figura al frente perdió su aura mágica. La *digitalización*

pudo movilizar a millones de votantes sin afiliación o que sufrían desafección, pero fomentó formas de activismo débiles y efímeras que no hicieron una labor educativa. Las *estructuras de partido flexibles* permitieron una toma de decisiones rápida, pero también privaron al populismo de izquierda de una cultura organizativa potente, creando estructuras políticas, que eran enormemente verticales y que, a la vez, carecían de disciplina y de métodos de rendición de cuentas.

La dependencia excesiva de estos métodos puede ayudar a explicar los resultados del movimiento populista en los diversos contextos nacionales. Syriza, escriben los autores, fue «neutralizada» por la UE. El corbynismo se estrelló en las elecciones de 2019 y después «desapareció» de la vida pública. Podemos se ha dividido y en buena parte ha abandonado su estrategia populista, «normalizándose» como un partido parlamentario mediante su papel como socio minoritario del gobierno del PSOE encabezado por Sánchez. La France Insoumise ha conseguido «reordenar» la izquierda francesa, pero su posición de poder sobre los partidos progresistas es «mayoritaria» más que «hegemónica». Y el movimiento Bernie se ha «astillado» y la polarización entre el Partido Demócrata y el Partido Republicano ha provocado que la mayoría de su militancia haya quedado subsumida por el aparato de Biden, mientras que el resto se ha dispersado.

Puede que estas campañas hayan desarrollado una política innovadora para una era pospolítica, pero su trayectoria común —«un impresionante arranque» seguido de «estancamiento electoral y de vacilaciones estratégicas»— apunta a una debilidad estructural subyacente. Basándose en el trabajo de Peter Mair *Ruling the Void*, Borriello y Jäger concluyen que el «vacío» en el que estas nuevas izquierdas se vieron obligadas a operar no estaba en efecto «lo suficientemente vacío». La atrofia de la esfera pública implicaba que Tsipras, Corbyn, Iglesias, Mélenchon y Sanders se hallaban privados de una base social coherente. Pero también había elementos mediadores residuales en la sociedad —partidos, conglomerados mediáticos, estructuras del Estado— que siguieron constituyendo grandes obstáculos para cualquier desafío planteado desde la izquierda. Las tácticas populistas, al reflejar las mismas crisis sociales que las habían hecho nacer, se demostraron incapaces de superar estas barreras.

Las izquierdas de la década de 2010, confrontadas con esta contradicción, tenían tres opciones a su alcance: podían tratar de establecer alianzas con las formaciones a su derecha, a expensas de su estatus de elementos ajenos al sistema, que fue el camino que escogieron Sanders y Corbyn; podían rechazar cualquier alianza de este tipo y abrazar por completo la hipótesis populista, con la que se arriesgaban a ser relegados a la irrelevancia, lo cual constituyó la apuesta inicial de Podemos; o podían trabajar en la creación de una estructura de partido más duradera y embarcarse en una

larga guerra de posiciones, incluso aunque esto pareciera un anacronismo en ausencia de una cultura política de masas, como intentó el proyecto de La France Insoumise y tal vez fue el caso de Syriza. Al final, sin embargo, ni la estrategia populista «integral» para alcanzar el voto desafecto ni el planteamiento de izquierda más tradicional se demostraron capaces de reunir una coalición protocontrahegemónica. Mientras que los socialdemócratas del siglo XX fueron, en términos de Przeworski, o «demasiado clase obrera o demasiado clase media», las formaciones herederas de las mismas fueron «o demasiado de izquierda o demasiado populistas».

El populismo reaccionario, escriben Borriello y Jäger, está igualmente desorganizado, aunque haya alcanzado más éxitos electorales. Figuras como Trump recuerdan más, *mutatis mutandis*, al famoso retrato que hace Marx de Louis Bonaparte que al Führer. Se basan en el espectáculo de los medios de comunicación en oposición a cualquier base de masas, lo cual, nos dicen Borriello y Jäger, limita su capacidad para efectuar un cambio significativo. Pero incluso si los autores confían en que el populismo de derecha es tan inofensivo como su contrapartida de izquierda, el libro termina con una nota amarga. Estamos ahora presenciando el auge de un nuevo «movimentismo» a lo largo del espectro ideológico, de Extinction Rebellion a QAnon. Estos movimientos «carecen de afiliados; tienen dificultades para imponer una determinada disciplina a sus seguidores; y no se formalizan en organizaciones». Han creado un entorno que parece estar altamente politizado, pero que aún carece de las bases institucionales para una política de masas propiamente dicha. Casi cada conversación en la mesa o entre perfiles de redes sociales se basa en controversias públicas, escribe Borriello y Jäger. Pero se trata de una «hiperpolítica» desarraigada, carente de luchas organizadas, privada de ideologías o programas de acción coherentes. En ausencia de un Estado activo o de una sociedad civil fuerte, esta modalidad cultural parece destinada a dominar en los años venideros.

*The Populist Moment* es una contribución que se agradece, que ofrece una hipótesis fuerte sobre el auge y la caída de estos experimentos políticos. Su relato sintético de la izquierda euro-estadounidense del siglo XXI tiene ambición y sofisticación teórica, pero se resiente de ciertas limitaciones. En primer lugar, allana las disparidades entre los casos que estudia. Los contornos generales de su análisis son sólidos: tanto las protestas iniciales contra la austeridad como su sucesión populista trataron de movilizar al «pueblo» frente a la «oligarquía» en un eje nuevo, ajeno a las clases sociales. Pero el libro no demuestra su afirmación de que todos y cada uno de estos partidos populistas «superaron el clivaje izquierda versus derecha». Aquí, sin duda, el primer Podemos estaba en un extremo del espectro, desautorizando públicamente el lenguaje de izquierda y derecha, mientras que la primera Syriza estaba en el otro, identificándose abiertamente con la «izquierda

radical». No todas estas formaciones tuvieron un compromiso doctrinario con la «hipótesis populista». Algunos de los asesores de más peso de Corbyn procedían de una tradición comunista británica, que estaba muy alejada de la razón política de Laclau. Puede que emplearan tácticas «lideristas» de manera instrumental durante los ciclos electorales, pero un gobierno de Corbyn habría sido socialdemócrata de izquierda, más que propiamente populista.

Por otro lado, pretendiendo deshinchar cualquier optimismo residual ingenuo sobre estos proyectos populistas, Borriello y Jäger a veces doblan la vara demasiado en la dirección opuesta, apuntando en algunos momentos que estos proyectos no han dejado ningún legado positivo en absoluto. Es indudable que la izquierda intelectual estadounidense se ha revigorizado con la llegada de una nueva cohorte radical a lo largo de la última década, mientras que el impacto duradero del corbynismo es evidente en las actuales movilizaciones en el Reino Unido contra el genocidio de las Fuerzas Armadas de Israel en Gaza. Francia ahora tiene un partido de izquierda radical de escala nacional, algo de lo que había carecido desde la cuasi desaparición del PCF durante la década de 1980. Podemos puede apuntarse algunas mejoras modestas, pero reales, en el salario mínimo.

*The Populist Moment* yerra también al generalizar a partir de estos cinco casos sobre los populismos existentes fuera de Estados Unidos y Europa Occidental. Este planteamiento se mete en problemas en cuanto aborda la derecha contemporánea, cuyas fortalezas Borriello y Jäger se apresuran a minimizar. El populismo de derecha de Trump, afirman correctamente, carece de los rasgos definitorios de la extrema derecha de entreguerras: «organización de masas, militarización de la sociedad, racismo científico». Pero algunos de estos elementos, incluso todos, pueden encontrarse en abundancia en otros lugares. En Hungría, Fidesz ha reorganizado y remobilizado muchas de las capacidades cívicas en hibernación de la derecha y las ha puesto al servicio del capitalismo local, aunque la sociedad haya quedado completamente fragmentada por el neoliberalismo. En Turquía, las reformas promercado implementadas por el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de Erdoğan se han llevado igualmente a cabo mediante la reactivación de miles de grupos de la sociedad civil, de partidos e incluso de sindicatos. El régimen se apoya en grupos religiosos, nacionalistas, caritativos y paramilitares, que juntos forman un amplio archipiélago derechista. En la India, la ideología racista se ha fomentado y difundido por un partido de masas bien asentado y por sus afiliados cívicos, que han militarizado la sociedad y movilitado a la población hindú contra las minorías.

Esto nos conduce a una laguna aún mayor: la insistencia del libro en la incompatibilidad del populismo y el socialismo. Borriello y Jäger defienden que la «elección entre la clase media y la clase obrera», que en opinión de Przeworski ha perturbado a la socialdemocracia desde sus inicios, «ahora

había encontrado una nueva encarnación en la elección entre un enfoque populista y un enfoque socialista». Pero no está claro por qué sería necesaria efectuar una elección así. Los autores son conscientes de que la política no puede reducirse a decisiones de suma cero entre opciones mutuamente excluyentes. Señalan que los partidos de izquierda de la década de 2010 estaban intentando reconciliar los intereses múltiples y contradictorios de su electorado prospectivo, un proyecto que a menudo implicaba crear una ambigüedad deliberada sobre sus programas, dar bandazos y sellar compromisos tácticos contradictorios, así como mediar entre estrategias políticas diferentes. Teniendo en cuenta todo esto, la relación entre populismo y socialismo no puede en realidad enmarcarse como un dilema de «elección racional». Podría plantearse en realidad como un despliegue dialéctico. Ambos están entremezclados y no se distinguen tan fácilmente.

Aquí contamos con precedentes históricos. Cuando analizan el populismo ruso del siglo XIX, los autores pasan por alto los vínculos existentes entre este movimiento y las revoluciones rusas del siglo XX. Más que abandonar el legado *narodnik*, lo que hizo Lenin, de hecho, fue aprovecharlo para el marxismo, como señalaba Lars Lih en *Lenin Rediscovered*. Aunque rechazaba las tácticas terroristas y la restricción de la actividad política a un reducido grupo revolucionario, de los *narodniks* se apropió de sus métodos organizativos para construir un partido disciplinado bajo condiciones de autocracia. Combinando estas tradiciones diferentes, convocó a la resistencia a todo rasgo de opresión impuesto sobre el cuerpo del *narod* en vez de centrarse de manera exclusiva en las preocupaciones, digamos, «económicas» del proletariado. En China, el Partido Comunista Chino operó según una lógica similar, forjando relaciones entre legados políticos dispares, del anarquismo al agrarismo, y actuando como el nexo en el que convergían los liderazgos de las luchas proletarias, campesinas y nacionalistas.

Lo que estos agitadores comunistas del siglo XX reconocían en la práctica, y lo que desdeñan Borriello y Jäger, es que los «obreros» no son necesariamente los sujetos principales de las políticas de izquierda. En determinadas coyunturas, el estudiantado o el campesinado puede tener más capacidad para hacer progresar las demandas proletarias. Históricamente no hay una simple división entre una estrategia socialista que se centra en los trabajadores productivos y un populismo que defiende coaliciones más amplias. La clase obrera, dividida internamente por la ocupación, la raza y el género, siempre ha necesitado alianzas externas y el populismo de la izquierda radical a menudo se ha revelado como un medio para reunirlos. La palabra «momento» en el título de Borriello y Jäger parece tener únicamente un sentido temporal, refiriéndose al breve periodo de la década de 2010, pero el populismo, como realidad histórica, podría considerarse en realidad como un momento necesario, positivo y recurrente del camino hacia el socialismo,



porque sin la formación de bloques populares contra las oligarquías, el socialismo no puede ganar una posición institucional y democrática en ningún país.

Durante las próximas décadas el mercado atomizará aún más la sociedad, las tendencias del capitalismo estatal se acelerarán y las fracciones oligárquicas continuarán construyendo una política de masas de la derecha. Esta reorientación requiere repensar el populismo. Puede que tengamos que invertir la fórmula de Laclau de que el socialismo es la «más alta forma de populismo» y en su lugar plantear que el populismo de izquierda radical es la más alta forma de socialismo, porque este último únicamente llegará, si un bloque popular bien organizado puede empezar a librar una lucha total, interconectada, contra todos los tipos de dominación, no solamente contra la opresión de clase. *The Populist Moment* no capta este importante punto, pero sigue siendo una contribución esencial para la comprensión de la historia reciente de la izquierda y de sus resultados políticos.